

René Guénon

*El reino
de la cantidad
y los signos
de los tiempos*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Estudios y Documentos

EL REINO DE LA CANTIDAD Y LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

René Guénon

1.ª edición: septiembre de 2025

Título original: *Le règne de la quantité et les signes des temps*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Diseño de cubierta: *Carol Briceño*

© 2025, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-1172-267-4
DL B 2325-2025

Printed in India

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo.....	7
Capítulo I	
Calidad y cantidad	19
Capítulo II	
«Materia signata quantitate»	27
Capítulo III	
Medida y manifestación	37
Capítulo IV	
Cantidad espacial y espacio cualificado.....	49
Capítulo V	
Las determinaciones cualitativas del tiempo.....	59
Capítulo VI	
El principio de individuación	69
Capítulo VII	
La uniformidad contra la unidad.....	75
Capítulo VIII	
Los oficios antiguos y la industria moderna	83
Capítulo IX	
El doble sentido del anonimato	93
Capítulo X	
La ilusión de las estadísticas.....	101
Capítulo XI	
Unicidad y «simplicidad»	109
Capítulo XII	
La aversión al secreto	119

Capítulo XIII	
Los postulados del racionalismo	127
Capítulo XIV	
Mecanismo y materialismo	135
Capítulo XV	
La ilusión de la «vida ordinaria»	141
Capítulo XVI	
La degeneración de la moneda	149
Capítulo XVII	
Solidificación del mundo	157
Capítulo XVIII	
Mitología científica y vulgarización	165
Capítulo XIX	
Los límites de la historia y de la geografía	177
Capítulo XX	
De la esfera al cubo	189
Capítulo XXI	
Caín y Abel	199
Capítulo XXII	
El significado de la metalurgia	211
Capítulo XXIII	
El tiempo transformado en espacio	221
Capítulo XXIV	
El tiempo transformado en espacio (continuación)	225
Capítulo XXV	
Hacia la disolución	229
Capítulo XXVI	
Las fisuras de la gran muralla	239
Capítulo XXVII	
Chamanismo y brujería	247
Capítulo XXVIII	
Residuos psíquicos	257
Capítulo XXIX	
Las etapas de la acción antitradicional	265

Capítulo XXX	
Desviación y subversión	273
Capítulo XXXI	
La inversión de los símbolos	281
Capítulo XXXII	
Tradicón y tradicionalismo	289
Capítulo XXXIII	
El neoespiritualismo	299
Capítulo XXXIV	
El intuicionismo contemporáneo.....	307
Capítulo XXXV	
Los perjuicios del psicoanálisis.....	317
Capítulo XXXVI	
La confusión entre lo psíquico y lo espiritual	327
Capítulo XXXVII	
La pseudo-iniciación	335
Capítulo XXXVIII	
El engaño de las «profecías»	351
Capítulo XXXIX	
De la antitradición a la contra-tradición	361
Capítulo XL	
La gran parodia o la espiritualidad a la inversa	371
Capítulo XLI	
El fin de un mundo	381

PRÓLOGO

Desde que escribimos *La crisis del mundo moderno*, los acontecimientos no han hecho más que confirmar, y de manera demasiado completa y rápida, todas las ideas que expusimos en aquel momento sobre este tema, a pesar de que lo abordamos sin ninguna preocupación por la «actualidad» inmediata, ni con la intención de realizar una «crítica» vana y estéril. Es evidente que consideraciones de este tipo sólo tienen valor para nosotros en la medida en que representan una aplicación de los principios a ciertas circunstancias particulares; y, dicho sea de paso, si aquellos que juzgaron más acertadamente los errores e insuficiencias de la mentalidad de nuestra época se mantuvieron generalmente en una actitud puramente negativa, o sólo propusieron remedios insignificantes e incapaces de frenar el creciente desorden en todos los ámbitos, fue porque carecían del conocimiento de los verdaderos principios, al igual que aquellos que, por el contrario, se empeñaban en admirar el pretendido «progreso» y en ilusionarse con su resultado fatal.

Por otra parte, incluso desde un punto de vista puramente desinteresado y «teórico», no basta con denunciar los errores y mostrarlos tal como son; por útil que esto sea, es aún más interesante e instructivo explicarlos, es decir, investigar cómo y por qué se produjeron, ya que todo lo que existe de alguna

manera, incluso el error, tiene necesariamente su razón de ser, y el desorden mismo debe finalmente encontrar su lugar entre los elementos del orden universal. Así, si el mundo moderno, considerado en sí mismo, constituye una anomalía e incluso una especie de monstruosidad, no deja de ser cierto que, situado en el conjunto del ciclo histórico del que forma parte, corresponde exactamente a las condiciones de una determinada fase de este ciclo, la que la tradición hindú designa como la fase extrema del *Kali-Yuga*. Son estas condiciones, resultado del mismo desarrollo de la manifestación cíclica, las que han determinado sus características propias, y en este sentido, se puede decir que la época actual no podría ser otra cosa que lo que es en realidad. Sin embargo, es evidente que, para ver el desorden como un elemento del orden, o para reducir el error a una visión parcial y deformada de alguna verdad, es necesario elevarse por encima del nivel de las contingencias a cuyo dominio pertenecen este desorden y este error como tales; y del mismo modo, para captar el verdadero significado del mundo moderno de acuerdo con las leyes cíclicas que rigen el desarrollo de la humanidad terrestre actual, es imprescindible estar completamente desvinculado de la mentalidad que lo caracteriza y no estar afectado por ella en ningún grado. Esto es aún más evidente dado que dicha mentalidad implica necesariamente, y casi por definición, una total ignorancia de las leyes en cuestión, así como de todas las demás verdades que, derivando más o menos directamente de los principios trascendentes, forman parte esencial de ese conocimiento tradicional cuya negación es, conscientemente o no, la esencia de todas las concepciones propiamente modernas.

Desde hace mucho tiempo nos habíamos propuesto dar continuidad a *La crisis del mundo moderno* con una obra de naturaleza más estrictamente «doctrinal», para mostrar precisamente algunos aspectos de esta explicación de la época actual según el punto de vista tradicional, al que siempre hemos decidido adherirnos exclusivamente, y que, además, por las mismas razones que acabamos de indicar, es aquí no sólo el único válido, sino incluso, podríamos decir, el único posible, ya que, fuera de él, una explicación de este tipo ni siquiera podría considerarse. Diversas circunstancias nos han obligado a posponer hasta ahora la realización de este proyecto, pero eso poco importa para quien está seguro de que todo lo que debe suceder ocurre necesariamente en su tiempo, y a menudo por medios imprevistos y completamente independientes de nuestra voluntad; la prisa febril que nuestros contemporáneos aplican a todo lo que hacen no puede cambiar eso, y sólo produce agitación y desorden, es decir, efectos totalmente negativos; pero, ¿seguirían siendo «modernos» si fueran capaces de comprender la ventaja de seguir las indicaciones dadas por las circunstancias, que, lejos de ser «fortuitas» como lo imagina su ignorancia, no son en realidad más que expresiones más o menos particularizadas del orden general, tanto humano como cósmico, al cual debemos integrarnos voluntaria o involuntariamente?

Entre los rasgos característicos de la mentalidad moderna, tomaremos aquí en primer lugar, como punto central de nuestro estudio, la tendencia a reducirlo todo al único punto de vista cuantitativo, una tendencia tan marcada en las concepciones «científicas» de los últimos siglos, y que también se manifiesta

casi con la misma claridad en otros ámbitos, especialmente en el de la organización social. De hecho, salvo una restricción cuya naturaleza y necesidad se aclararán más adelante, se podría definir nuestra época esencialmente como el «reino de la cantidad». Si elegimos este rasgo por encima de cualquier otro, no es sólo, ni siquiera principalmente, porque sea uno de los más visibles y menos discutibles; es sobre todo porque se presenta como verdaderamente fundamental, ya que esta reducción a lo cuantitativo refleja estrictamente las condiciones de la fase cíclica en la que se encuentra la humanidad en los tiempos modernos. Esta tendencia no es, en última instancia, más que la que lleva lógicamente al final mismo del descenso que se efectúa, a una velocidad cada vez más acelerada, desde el principio hasta el final de un *Manvántara*, es decir, durante todo el período de manifestación de una humanidad como la nuestra. Este «descenso» no es, en resumen, como hemos dicho en muchas ocasiones, más que un alejamiento gradual del principio, necesariamente inherente a todo proceso de manifestación; en nuestro mundo, y debido a las condiciones especiales de existencia a las que está sometido, el punto más bajo adopta el aspecto de la cantidad pura, desprovista de toda distinción cualitativa. Sin embargo, es evidente que esto no es más que un límite, y por ello, en realidad, sólo podemos hablar de «tendencias», porque, en el curso mismo del ciclo, el límite nunca puede ser alcanzado, y se encuentra de alguna manera fuera y por debajo de toda existencia realizada e incluso realizable.

Ahora bien, lo que es especialmente importante señalar desde el principio, tanto para evitar malentendidos como para comprender lo que puede dar lugar a ciertas ilusiones, es que,

en virtud de la ley de la analogía, el punto más bajo es como un reflejo oscuro o una imagen invertida del punto más alto, de donde resulta esta consecuencia, que sólo parece paradójica en apariencia: la ausencia más completa de todo principio implica una especie de «imitación» del propio principio, lo que algunos han expresado, en términos «teológicos», diciendo que «Satanás es el mono de Dios». Esta precisión puede ayudar en gran medida a comprender algunos de las más oscuros enigmas del mundo moderno, enigmas que éste mismo niega porque no sabe percibirlos, aunque los lleve consigo, y porque esta negación es una condición indispensable para el mantenimiento de la mentalidad especial por la cual existe: si nuestros contemporáneos, en su conjunto, pudieran ver lo que los dirige y hacia dónde realmente se encaminan, el mundo moderno dejaría de existir como tal de inmediato, ya que el «enderezamiento» al que hemos aludido con frecuencia no podría dejar de producirse. Sin embargo, dado que este «enderezamiento» supone, por otro lado, la llegada al punto de detención en el que el «descenso» se ha completado por entero y en el que «la rueda deja de girar», al menos en el instante que marca el paso de un ciclo a otro, debemos concluir que, hasta que se alcance efectivamente ese punto de detención, estas cosas no podrán ser comprendidas por la mayoría, sino sólo por unos pocos destinados a preparar, en cierta medida, las semillas del ciclo futuro. Apenas es necesario decir que, en todo lo que exponemos, siempre nos hemos dirigido exclusivamente a estos últimos, sin preocuparnos por la inevitable incompreensión de los demás; es cierto que estos otros son y deben ser, por algún tiempo más, la inmensa mayoría, pero, precisamente, sólo en el «reino de la

cantidad» la opinión de la mayoría puede pretender ser tomada en consideración.

De todos modos, queremos aplicar esta observación, por el momento y en primer lugar, a un ámbito más restringido que el que acabamos de mencionar: debe servir, en este sentido, para evitar toda confusión entre el punto de vista de la ciencia tradicional y el de la ciencia profana, incluso cuando ciertas similitudes externas puedan prestarse a ello. Estas similitudes, en efecto, a menudo provienen sólo de correspondencias invertidas, donde, mientras que la ciencia tradicional considera esencialmente el término superior y sólo otorga un valor relativo al término inferior debido a su correspondencia con el término superior, la ciencia profana, por el contrario, sólo tiene en cuenta el término inferior y, incapaz de trascender el dominio al que se refiere, pretende reducir a él toda realidad. Así, por ejemplo, en lo que respecta a nuestro tema, los números pitagóricos, considerados como los principios de las cosas, no son en absoluto los números tal como los entienden los modernos, matemáticos o físicos, al igual que la inmutabilidad del principio no es la inmovilidad de una piedra, o la verdadera unidad no es la uniformidad de seres desprovistos de toda cualidad propia; y, sin embargo, porque se trata de números en ambos casos, los partidarios de una ciencia exclusivamente cuantitativa no han dejado de querer contar a los pitagóricos entre sus «precursores». sólo añadiremos, para no anticiparnos demasiado a los desarrollos que seguirán, que esto demuestra, como hemos dicho en otro lugar, que las ciencias profanas de las que el mundo moderno está tan orgulloso no son más que «residuos» degenerados de las antiguas ciencias tradicionales, al igual que la cantidad misma, a la que se esfuerzan

por reducir todo, no es más que el «residuo» de una existencia vaciada de todo lo que constituía su esencia; y así es como estas pretendidas ciencias, al dejar escapar o incluso eliminar deliberadamente todo lo que es verdaderamente esencial, resultan finalmente incapaces de proporcionar una explicación real de cualquier cosa.

Así como la ciencia tradicional de los números es algo completamente distinto de la aritmética profana de los modernos, incluso si se incluyen en ésta todas las extensiones algebraicas u otras que pueda tener, del mismo modo existe una «geometría sagrada», no menos profundamente diferente de la ciencia «escolar» que hoy se designa con el mismo nombre de geometría. No necesitamos insistir demasiado en este punto, ya que todos aquellos que han leído nuestros libros anteriores saben que hemos expuesto en ellos, y especialmente en *El simbolismo de la cruz*, numerosas consideraciones relacionadas con esta geometría simbólica de la que hablamos, y han podido darse cuenta de hasta qué punto se presta para la representación de realidades de orden superior, al menos en la medida en que éstas pueden ser representadas de manera sensible; y, de hecho, en el fondo, ¿no son necesariamente las formas geométricas la base misma de todo simbolismo figurado o «gráfico», desde el de los caracteres alfabéticos y numéricos de todos los idiomas hasta el de los *yantras* iniciáticos más complejos y extraños en apariencia? Es fácil comprender que este simbolismo puede dar lugar a una multiplicidad indefinida de aplicaciones; pero, al mismo tiempo, es igualmente fácil ver que una geometría de este tipo, lejos de referirse únicamente a la pura cantidad, es por el contrario esencialmente «cualitativa»; y diremos lo mis-

mo de la verdadera ciencia de los números, ya que los números principales, aunque deban ser llamados así por analogía, están en cierto modo, en relación con nuestro mundo, en el polo opuesto al de los números de la aritmética vulgar, los únicos que conocen los modernos y sobre los que concentran exclusivamente su atención, tomando así la sombra por la realidad misma, como los prisioneros de la caverna de Platón.

En el presente estudio, nos esforzaremos por mostrar de manera aún más completa y general cuál es la verdadera naturaleza de estas ciencias tradicionales, y también, por lo mismo, qué abismo las separa de las ciencias profanas, que son como una caricatura o parodia de aquéllas, lo que permitirá medir la decadencia que ha sufrido la mentalidad humana al pasar de unas a otras, pero también ver, por la posición respectiva de sus objetos, cómo esta decadencia sigue estrictamente el descenso del ciclo mismo recorrido por nuestra humanidad. Por supuesto, estas cuestiones son de aquellas que nunca se pueden pretender tratar por completo, pues por su naturaleza son verdaderamente inagotables; pero al menos intentaremos decir lo suficiente para que cada uno pueda extraer las conclusiones que se imponen en lo que respecta a la determinación del «momento cósmico» al cual corresponde la época actual. Si hay consideraciones que algunos encontrarán tal vez oscuras a pesar de todo, será únicamente porque están demasiado alejadas de sus hábitos mentales, demasiado extrañas a todo lo que les ha sido inculcado por la educación que han recibido y por el entorno en el que viven; no podemos hacer nada al respecto, ya que hay cosas para las cuales un modo de expresión propiamente simbólico es el único posible, y que, por lo tanto, nunca serán comprendidas por aque-

llos para quienes el simbolismo es letra muerta. Recordaremos además que este modo de expresión es el vehículo indispensable de toda enseñanza de orden iniciático; pero, sin siquiera hablar del mundo profano cuya incomprensión es evidente y en cierto modo natural, basta con echar un vistazo a los vestigios de iniciación que aún subsisten en Occidente para ver lo que algunos, por falta de «cualificación» intelectual, hacen con los símbolos que se les proponen para su meditación, y para estar bien seguros de que esos, independientemente de los títulos que posean y los grados iniciáticos que hayan recibido «virtualmente», nunca lograrán penetrar el verdadero sentido del menor fragmento de la geometría misteriosa de los «Grandes Arquitectos de Oriente y Occidente».

Ya que acabamos de hacer alusión a Occidente, se impone otra observación: por mucha extensión que haya tomado, especialmente en estos últimos años, el estado de ánimo que llamamos específicamente «moderno», y por mucho que ejerza su influencia de manera cada vez más marcada, al menos exteriormente, sobre el mundo entero, este estado de ánimo sigue siendo puramente occidental en su origen: es en Occidente donde nació y donde durante mucho tiempo tuvo su dominio exclusivo, y en Oriente, su influencia no será nunca otra cosa que una «occidentalización». Por mucho que esta influencia pueda avanzar en el curso de los eventos que aún están por desarrollarse, nunca se podrá oponer a lo que hemos dicho sobre la diferencia entre el espíritu oriental y el espíritu occidental, que en suma es para nosotros lo mismo que la diferencia entre el espíritu tradicional y el espíritu moderno, ya que es demasiado evidente que, en la medida en que un hom-

bre se «occidentaliza», cualesquiera sean su raza y su país, deja de ser espiritualmente e intelectualmente un oriental, es decir, desde el único punto de vista que realmente nos importa. No se trata simplemente de una cuestión de «geografía», a menos que se entienda de una manera muy distinta a la de los modernos, pues también existe una geografía simbólica; y, a este respecto, la actual preponderancia de Occidente presenta una correspondencia muy significativa con el final de un ciclo, ya que Occidente es precisamente el punto donde el Sol se pone, es decir, donde llega al extremo de su curso diurno, y donde, según el simbolismo chino, «el fruto maduro cae al pie del árbol». En cuanto a los medios por los cuales Occidente ha logrado establecer esta dominación, cuya «modernización» de una parte más o menos considerable de los orientales no es más que la última y más desafortunada consecuencia, basta con remitirse a lo que hemos dicho al respecto en otros libros para convencerse de que en última instancia no se basan más que en la fuerza material, lo que equivale a decir, en otros términos, que la dominación occidental en sí misma no es más que una expresión del «reino de la cantidad».

Así, desde cualquier perspectiva que se aborden las cosas, siempre se vuelve a las mismas consideraciones y se ven confirmadas constantemente en todas las aplicaciones que se les pueden dar; esto no debe sorprender, ya que la verdad es necesariamente coherente, lo cual, por supuesto, no significa en absoluto «sistemática», en contraste con lo que podrían suponer demasiado fácilmente los filósofos y científicos profanos, encerrados como están en concepciones estrechamente limitadas, las cuales son a las que propiamente se les denomina «sistemas»,

y que, en el fondo, no traducen más que la insuficiencia de las mentalidades individuales dejadas a sí mismas, sean éstas las de lo que se ha convenido en llamar «hombres de genio», cuyas especulaciones más elogiadas no valen ciertamente el conocimiento de la menor verdad tradicional. Sobre esto también nos hemos explicado suficientemente cuando hemos tenido que denunciar los estragos del «individualismo», que es otro de los rasgos característicos del espíritu moderno; pero añadiremos aquí que la falsa unidad del individuo concebido como un todo completo por sí mismo corresponde, en el orden humano, a lo que es el llamado «átomo» en el orden cósmico: ambos no son más que elementos considerados como «simples» desde un punto de vista meramente cuantitativo, y, como tales, se supone que son susceptibles de una especie de repetición indefinida que en realidad es una imposibilidad, siendo esencialmente incompatible con la naturaleza misma de las cosas; de hecho, esta repetición indefinida no es otra cosa que la multiplicidad pura, hacia la cual el mundo actual tiende con todas sus fuerzas, sin embargo, nunca podrá perderse completamente en ella, ya que se encuentra en un nivel inferior a toda existencia manifestada, y que representa el extremo opuesto de la unidad principal. Por lo tanto, es necesario ver el movimiento de descenso cíclico como realizándose entre estos dos polos, partiendo de la unidad, o más bien del punto que más se le acerca en el dominio de la manifestación, en relación con el estado de existencia que se considere, y tendiendo cada vez más hacia la multiplicidad; queremos decir, la multiplicidad considerada analíticamente y sin estar relacionada con ningún principio, pues es evidente que, en el orden principal, toda multiplicidad está comprendi-

da sintéticamente en la propia unidad. Puede parecer que hay, en cierto sentido, multiplicidad en ambos puntos extremos, así como también hay correlativamente, según lo que acabamos de decir, la unidad de un lado y las «unidades» del otro; pero la noción de la analogía invertida se aplica aquí de manera estricta, y, mientras que la multiplicidad principal está contenida en la verdadera unidad metafísica, las «unidades» aritméticas o cuantitativas están, por el contrario, contenidas en la otra multiplicidad, la de abajo; y, observémoslo de paso, ¿el simple hecho de poder hablar de «unidades» en plural no muestra ya cuánto lo que se considera así está lejos de la verdadera unidad? La multiplicidad de abajo es, por definición, puramente cuantitativa, y se podría decir que es la cantidad misma, separada de toda cualidad; por otro lado, la multiplicidad de arriba, o lo que llamamos así analógicamente, es en realidad una multiplicidad cualitativa, es decir, el conjunto de cualidades o atributos que constituyen la esencia de los seres y de las cosas. Por lo tanto, se puede decir también que el descenso del que hemos hablado se efectúa desde la cualidad pura hacia la cantidad pura, siendo ambas, además, límites exteriores a la manifestación, una más allá y la otra más acá, porque son, en relación con las condiciones especiales de nuestro mundo o de nuestro estado de existencia, una expresión de los dos principios universales que hemos designado en otro lugar como «esencia» y «sustancia», y que son los dos polos entre los cuales se produce toda manifestación; y éste es el punto que vamos a explicar más completamente en primer lugar, porque es sobre todo a través de él como se podrán comprender mejor las otras consideraciones que desarrollaremos en el transcurso de este estudio.

Capítulo 1

CALIDAD Y CANTIDAD

Se considera generalmente que la calidad y la cantidad son dos términos complementarios, aunque sin duda a menudo se está lejos de comprender la razón profunda de esta relación; dicha razón reside en la correspondencia que hemos indicado anteriormente. Es necesario partir aquí de la primera de todas las dualidades cósmicas, la que se encuentra en el principio mismo de la existencia o de la manifestación universal, y sin la cual ninguna manifestación sería posible, bajo cualquier modo que sea; esta dualidad es la de *Purusha* y *Prakriti* según la doctrina hindú, o, para emplear otra terminología, la de «esencia» y «sustancia». Éstas deben ser consideradas como principios universales, siendo los dos polos de toda manifestación; pero, a otro nivel, o más bien a otros múltiples niveles como los dominios más o menos particularizados que se pueden considerar dentro de la existencia universal, también se pueden emplear estos mismos términos de manera analógica, en un sentido relativo, para designar lo que corresponde a estos principios o lo que los representa más directamente en relación con un cierto modo más o menos restringido de la manifestación. Así es como se puede hablar de esencia y sustancia, ya sea para un

mundo, es decir, para un estado de existencia determinado por ciertas condiciones especiales, ya sea para un ser considerado en particular, o incluso para cada uno de los estados de ese ser, es decir, para su manifestación en cada uno de los grados de la existencia; en este último caso, la esencia y la sustancia son naturalmente la correspondencia microcósmica de lo que son, desde el punto de vista macrocósmico, para el mundo en el que se sitúa esta manifestación, o, en otras palabras, no son más que particularizaciones de los mismos principios relativos, que a su vez son determinaciones de la esencia y la sustancia universales en relación con las condiciones del mundo de que se trate.

Entendidas en este sentido relativo, y especialmente en relación con los seres particulares, la esencia y la sustancia son, en suma, lo mismo que lo que los filósofos escolásticos han llamado «forma» y «materia»; pero preferimos evitar el uso de estos últimos términos, que, probablemente debido a una imperfección del latín en este aspecto, expresan de manera bastante inexacta las ideas que deben transmitir,¹ y que han adquirido aún más ambigüedad debido al significado completamente diferente que estas mismas palabras han adquirido comúnmente en el lenguaje moderno. En cualquier caso, decir que todo ser manifestado es un compuesto de «forma» y «materia» equivale a decir que su existencia procede necesariamente tanto de la esencia como de la sustancia, y, por lo tanto, que hay en él algo que corresponde a uno y otro de estos dos principios, de tal manera que es como un resultado de su unión, o, para ha-

1. Estas palabras traducen de una manera bastante poco afortunada los términos griegos *εἶδος* y *ὑλη*, empleados en el mismo sentido por Aristóteles, y sobre los cuales tendremos que volver más adelante.

blar con más precisión, de la acción ejercida por el principio activo o la esencia sobre el principio pasivo o la sustancia; y, en la aplicación que se hace de ello más específicamente al caso de los seres individuales, esta «forma» y esta «materia» que los constituyen son respectivamente idénticas a lo que la tradición hindú designa como *nâma* y *rûpa*. Mientras señalamos estas concordancias entre diferentes terminologías, que pueden tener la ventaja de permitir a algunos transponer nuestras explicaciones a un lenguaje al que están más acostumbrados, y por lo tanto comprenderlas más fácilmente, añadiremos también que lo que se llama «acto» y «potencia», en el sentido aristotélico, corresponde igualmente a la esencia y a la sustancia; estos dos términos son además susceptibles de una aplicación más amplia que los de «forma» y «materia»; pero, en el fondo, decir que hay en todo ser una mezcla de acto y potencia sigue siendo lo mismo, porque el acto es en él lo que lo hace participar de la esencia, y la potencia lo que lo hace participar de la sustancia; el acto puro y la potencia pura no se encuentran en ninguna parte de la manifestación, ya que son, en última instancia, los equivalentes de la esencia y la sustancia universales.

Comprendido esto, podemos hablar de la esencia y la sustancia de nuestro mundo, es decir, de aquel que es el dominio del ser individual humano, y diremos que, de acuerdo con las condiciones que definen propiamente este mundo, estos dos principios aparecen respectivamente bajo los aspectos de la calidad y la cantidad. Esto ya puede parecer evidente en lo que respecta a la calidad, puesto que la esencia es en suma la síntesis principal de todos los atributos que pertenecen a un ser y que hacen que ese ser sea lo que es, y que atributos o cua-

lidades son en el fondo sinónimos; y se puede observar que la calidad, así considerada como el contenido de la esencia, si se nos permite expresarlo así, no está restringida exclusivamente a nuestro mundo, sino que es susceptible de una transposición que universaliza su significado, lo cual no es sorprendente dado que representa aquí el principio superior; pero, en una universalización de este tipo, la calidad deja de ser el correlato de la cantidad, ya que esta última, por el contrario, está estrictamente vinculada a las condiciones especiales de nuestro mundo; además, desde el punto de vista teológico, ¿no se asocia de algún modo la calidad con Dios mismo al hablar de Sus atributos, mientras que sería manifiestamente inconcebible pretender trasladar a Él cualquier determinación cuantitativa?² Se podría objetar a esto que Aristóteles clasifica tanto la calidad como la cantidad entre las «categorías», que no son más que modos especiales del ser y no le son coextensivas; pero esto se debe a que entonces no realiza la transposición de la que acabamos de hablar y que además no tiene por qué hacerlo, ya que la enumeración de las «categorías» no se refiere más que a nuestro mundo y a sus condiciones, de modo que la calidad no puede ni debe ser tomada realmente más que en el sentido, más inmediato para nosotros en nuestro estado individual, en el que se presenta, como hemos dicho al principio, como un correlato de la cantidad.

Es interesante observar, por otro lado, que la «forma» de los escolásticos es lo que Aristóteles llama *eidós*, y que esta última

2. Se puede hablar de *Brahma saguna* o «cualificado», pero de ninguna manera podría hablarse de *Brahma* «cuantificado».

palabra se emplea también para designar la «especie», que es propiamente una naturaleza o una esencia común a una multitud indefinida de individuos; ahora bien, esta naturaleza es de orden puramente cualitativo, ya que es verdaderamente «innúmerable», en el sentido estricto de la palabra, es decir, independiente de la cantidad, siendo indivisible y estando enteramente presente en cada uno de los individuos que pertenecen a esa especie, de tal manera que no se ve afectada ni modificada por el número de estos, y no es susceptible de «más» o «menos». Además, *eidos* es etimológicamente la «idea», no en el sentido psicológico de los modernos, sino en un sentido ontológico más cercano al de Platón de lo que se suele pensar, ya que, cualesquiera que sean las diferencias que realmente existen a este respecto entre la concepción de Platón y la de Aristóteles, estas diferencias, como ocurre a menudo, han sido enormemente exageradas por sus discípulos y comentaristas. Las ideas platónicas son también esencias; Platón muestra sobre todo el aspecto trascendente y Aristóteles el aspecto inmanente, lo cual no es necesariamente excluyente, pese a lo que puedan decir los espíritus «sistemáticos», sino que simplemente se refiere a niveles diferentes; en cualquier caso, siempre se trata de los «arquetipos» o principios esenciales de las cosas, que representan lo que podría llamarse el lado cualitativo de la manifestación. Además, estas mismas ideas platónicas son, bajo otro nombre, y por una filiación directa, lo mismo que los números pitagóricos; y esto demuestra claramente que estos mismos números pitagóricos, como ya hemos indicado anteriormente, aunque llamados números de manera analógica, no son en absoluto números en el sentido cuantitativo y ordinario de la palabra,